



Uno de los mayores escritores mexicanos nos muestra el reverso del

Alfonso Reyes

Confesión

Para Zafiro

*Amor,
ya este cuerpo no puede callar
se ha hecho presa de ti
y me es imposible olvidar.*

*Confieso que tus ojos
han domado mi soledad,
esa sonrisa que huye de mí
cuando errante en tus pensamientos vas
esculpe en mi garganta febril
ecos infinitos de ti.*

*Entre mis palabras rotas
en medio de la savia torrencial
de mis anhelos
quiero estrecharte una vez más.*

*Que tus manos dibujen mi forma
y sea tu presencia mi redención.
No alejes tu piel de mi sed
que por ventura
vestirme quiero de ti...*

*y gozar en el etéreo azul de tu voz
y acogerme a las concavidades de tu ser
para florecer como el tiempo
en la diligente arteria
de tu amanecer.*

Tu nombre

*Quise escribir
un poema con tu nombre
mas cuando lo intenté
sólo tu nombre
era el poema perfecto.*

*Septiembre 21 de 2002
Julia Guadalupe García Ortega.*

Alphonse Daudet ha escrito la historia de sus libros, y lo mismo han hecho Rubén Darío y Rufino Blanco-Fombona entre nosotros. Estos fragmentos de memorias que explican las circunstancias en que el autor vivía cuando concibió, elaboró o publicó tales o cuales obras, además de ayudar a la crítica, resultan casi siempre de agradable lectura, por lo mismo que tienen un carácter de antología: momentos culminantes dentro del relato general de una vida, cuando se trata de la vida de un escritor, paisaje humano cuyas cumbres vienen a ser sus libros. Aparecen envueltos en aquel sentimiento de euforia con que se recuerdan las horas felices y fecundas. Representan la estación mejor, los días de incubación gustosa que los griegos llaman "nordizas de los alciones".

Claro es que este movimiento propagado a toda una existencia puede también dar obras excelsas. Maestro en la poesía de circunstancias, aficionado así a "dar eternidad a los instantes" como los ángeles de su *Prólogo en el Cielo*, Goethe, llevado un día del afán de explicar la motivación de sus poemas, acaba, en *Poesía y verdad*, por darnos una historia completa de sus años de formación y aprendizaje; la única parte importante de una vida, según él decía en sus conversaciones, porque, una vez maduro el hombre, su biografía se reduce a sus obras mismas. No ha sido igualado su análisis sobre la gestación del *Werther* como caso de "catharsis" o salvación por el espíritu, y sobre los resultados contrarios que produjo entre los lectores, desatando una epidemia de suicidios.

Pero no todos tienen la facilidad y la felicidad de detenerse a contemplar la trayectoria recorrida; la facilidad y la felicidad que tuvo el contemplador de Weimar, "último que pudo disfrutar de la perfección de Europa".

Otros, como Gide, se arriesgan a publicar los documentos mismos que sirvieron para la trama de una obra *Los falsos monederos*, las entrañas del libro. Lo que sólo se puede hacer armado con la certeza del propio mérito y dotado de capacidades artísticas cuyo secreto no se aprende; y esto a condición, todavía, de contar con públicos educados. Sólo muestra el revés del tapiz quien está seguro de su fábrica y concede a éste cierto valor técnico, y sólo lo hace cuando sabe que se encuentra entre conocedores. ¿Para qué enseñar la etiqueta, la ficha bibliográfica de la botella, al que lo mismo bebería vino que vinagre? Todo esto recuerda que la obra literaria - caja de Pandora en cierto modo - tiene su doble fondo secreto donde se esconde, si no la esperanza como en el mito, al menos el recuerdo. Cuando el volumen abierto y leído ya ad umbílicos ha dejado escapar todos sus fantasmas, la trampa que lleva oculta el volumen guarda todavía otras esencias.

Con todo, la contextura íntima de un libro no se muestra con sólo exhibir los materiales de la cantera en que se ha labrado. La operación de mostrar el tejido de un libro consistiría más bien en ir analizando todos los motivos y estados mentales que han determinado cada una de las páginas, hasta donde el escritor o el sujeto puede analizarse a sí mismo sin

usurpar sus funciones
este arte de lo profundo
diálogo a la manera n

Esta confesión es lejos. Intente un escritor recordar todo lo que se esconde detrás de uno solo de sus párrafos, y verá que la tarea sería inacabable. La porción visible y flotante no es más que la sexta parte del glaciar, y las otras cinco están sumergidas en las aguas. Quien intente este trabajo para uno solo de sus párrafos, tendrá que reconstruir y trazar el cuadro de época, por suave que sea; las condiciones generales que atravesaba su vida en aquel momento preciso; la historia particular sobre la adquisición de las nociones que expresa; las preocupaciones dominantes que lo llevaron a buscar este giro o esta palabra, o las fobias que le aconsejaron huir de tales otros; las reminiscencias literarias que con más o menos conciencia guiaban su pluma, etc. Al mejor se descubren entonces, concentradas en una sola oración, especies que proceden de estudios, recuerdos, estados de espíritu alejados entre si varios años. Una investigación de este orden entre varios escritores descubriría los caminos secretos